

Bilbao a través de la palabra

EL DISCRETO ENCANTO DEL ABURRIMIENTO

No es Bilbao la villa de la musa cotidiana, es en cualquier caso la lámpara que ilumina alcobas, mesas solitarias para tráfugas de la poesía. Es un billete de ida y vuelta, una fuga interminable de regresos a los mitos y a los tópicos, a la niebla, a la lluvia, al desastre, al orín, a los brillos ausentes de la cultura.

Por alguna extraña magia Bilbao no ha sido original en poesía. Nadie ha escrito nada nuevo sobre Bilbao, como si esta pequeña gran ciudad hubiera estado colgada constantemente de una nube gris y maliciosa. Se recuerda la ciudad como último recurso, como el síndrome del tiempo que ha pasado y que se añora precisamente por eso, porque ha pasado. Tiene poco encanto Bilbao y que me perdonen los nombres imborrables que han escrito las crónicas de urgencia. Parece una deuda, un paso obligado y poco más, por buenos que los versos hayan sido. Y así, Bilbao, se derrite palmo a palmo en el temblor de su propia geografía.

La lluvia

La lluvia entonces se convierte en sequía, agotada en su condición de válvula de escape para no ir más allá de la cortina. En algún sentido, esta ciudad sigue virgen en el trasunto de su propia esencia. Ni siquiera Blas de Otero, supo romper la malla protectora de su intimidad. Blas necesitaba volver a Bilbao y volvía cíclicamente. Pero volvía para irse de nuevo.

Y entonces la lluvia solo sirve para convertirse en símbolo o en excusa de una realidad que se dibuja a trazos, a retazos, a silencios impasibles para convertir el hastío en ritual del desencanto. Ni siquiera Blas, y es mucho decir, que escribió la historia poética de Bilbao más humanamente bella en unos cuantos poemas. Y es que seguramente la ciudad tiene poco que ver con el arte y la cultura sin correr el riesgo de urbanizar el arte y la cultura sin demasiado trasunto y sin demasiada gloria. Se ha puesto la cosa tan difícil que no ha quedado más remedio, al

parecer, que inventar (?) la poesía urbana. Unos cuantos mitos, humo, contaminación, soledad, insolidaridad, etc. bastan para concretar los lindes de un marco muy estrecho.

Y Bilbao en ese juego se ha vestido de lluvia, como lágrimas irredentas que dificultan incluso la visión y obligan a correr de un lado para otro en busca de los portales y las repisas salvadores. La lluvia ha sido el primer elemento urbanístico de la arquitectura poética, por encima de los rascacielos, como auténtico paraguas cogido al vuelo.

El caos

Por no hacer ni se ha hecho poesía social en la época en que la poesía de la turbina tenía la razón de ser de los hechos. Ni siquiera se ha traspasado ese umbral de los "ismos", de la moda y sus palabras. Vivimos en terrenos de poesía municipal, cogida a vuelo de pluma de los plenos y las permanentes, al borde del caos urbanístico y circulatorio, sin entrar a definir otros matices. Pudiera decirse que en esta feria de la incomunicación falta intimidad por todos los costados, como si el hecho comprobado de las condiciones climatológicas determinantes de una acción cultural hubiera pasado por Bilbao de largo y sin decir adiós.

El caos se ha desparramado gota a gota por los textos a ritmo de tormenta incuestionable. Podría hablarse de poesía-río como ahora se habla de novela-río, como si una gran saga de personajes danzara al ritmo de un pandero. Y mientras tanto, de la sensación de que otro Bilbao se nos escapa como agua entre los dedos sin dar tiempo a atraparlo en la pluma.

Indudablemente el paseo de Bilbao conlleva una mueca de amargura que es imposible impedir que se trasluzca luego, entre otras cosas porque debe traslucirse más allá del canto florido de unas flores que están muertas. Pero hay un abismo que separa las épocas y que aún no se ha saltado. Desde aquellos versos de nostalgia y de fiebre del desaparecido Blas de Otero, desde aquel Bilbao meapilas y casi de relicario, poco o nada se ha escrito para vencer la desidia que no sean los versos de Gabriel Arestí, con esa vena

urbana y estudiosa de las actitudes humanas.

Ha habido mucho de poesía directa, de poesía mimética al son de las realidades más claras.

La des-cultura

Y habría que buscar la razón precisamente en el otro componente de esta historia. La a-cultura, la des-cultura, ese pasar por la vida a golpe de título y academia, sin que los elevados conocimientos se traduzcan en un auge de la imaginación. La preocupación cultural ha sido la despreocupación más calificada de esta ciudad y poco a poco se ha ido haciendo un agujero que consume al golpe la energía.

Habría que preguntarle a Unamuno por la herida que corroía sus ansias a latigazos, por ese libro permanentemente cerrado, por esa sala vacía. Habría que preguntar por ese enorme solar, y no es caer de repente en el mito que hemos venido odiando sino constatar los capítulos de la historia que no cesa. No bastan las estadísticas del analfabetismo, el nivel "cultural" por encima del listón. No se puede reducir la cultura a tan escasos márgenes de credibilidad, porque por encima de todo se trata de una forma de ser, esto es de vivir, es decir, de convivir.

No es un entorno agradable, probablemente insufrible. Es seguramente el cáliz de la rutina. Es la crónica de la desidia, la terrible realidad de que inventen ellos, convertida en "que imaginen ellos" sin más ansias que pasar sin hacer caminos. Y mientras tanto dejar que el mito se engrandezca, que engorde de aire contaminado aún a riesgo de que el pulmón se contagie del discreto encanto del aburrimiento.

E. R.